

El público creyó que aquel era el desenlace del drama lírico y que Roberto se iba al infierno con Beltramo; pero los artistas se espantaron pensando que Nourritz se habría estrellado en el foso. La Doris, que tan animosa se había mostrado en la caída del bastidor, lloraba á lágrima viva por la desgracia de Roberto, y el escenario era un campo de desolación. La escena más curiosa tenía lugar en el foso, pues cuando Lavasseur, que había caído muellemente en los colchones preparados al efecto, se levantó y se dirigía á su *camerino*, vió con grandísima extrañeza que Nourritz caía por el mismo escotillón.

—¿Qué es esto?—le dijo.—¿Han variado el desenlace?

Nourritz no estaba para bromas; se apresuró á subir para tranquilizar á la gente, y era tal el susto que tenía dentro de su cuerpo, que aquella misma noche hubo que sangrarle.

¡Pobre Nourritz! ¡A los ocho años se suicidó en Nápoles, arrojándose por una ventana, porque le parecía que le aplaudían sólo de burla!

Bueno; pues para que ustedes vean la sombra diabólica de *Roberto*, hasta el gran triunfo con él conseguido le salió á la cara á mi pobre amigo Meyerbeer; porque el empresario, entusiasmado

con el éxito, le encargó otra ópera con la condición de que si no se la entregaba en el plazo convenido, tendría que abonarle 30.000 francos, y dió la pícara casualidad de que se puso enferma la mujer de Meyerbeer y, por más que pidió prórroga, el empresario llevó el asunto á cara de perro y tuvo el buen Giacomo que aflojar los treinta mil del pico. Pero como aquello era una atrocidad y al empresario no le convenía romper con maestro tan insigne, hubo después una transacción, le devolvió el dinero y se estrenó la ópera, que era, por cierto, *Los hugonotes*.

Ponderando yo este prodigio de memoria de mi tío, no faltó quien me dijera que el mentir de las estrellas es muy seguro mentir, y que D. Manuel podía dejar volar impunemente su fantasía seguro de que ninguno de sus oyentes había de retroceder al año 31 para ver lo que ocurría en París en un estreno; pero un crítico musical que estaba presente le contestó:

Lea usted las memorias de *Un bourgeois de Paris*, del propio empresario Verón, y las referencias de Félix Clement y verá usted acreditada puntualmente la pasmosa memoria de D. Manuel Velasco.

CARLOS LUIS DE CUENCA.



## ESTRENO EN PRICE DE 'LA NIÑA MIMADA'



Acto primero. Los modelos de París.

Por separado damos cuenta del estreno de la opereta *La niña mimada* en el teatro de Price. Al reseñarlo han consignado todos los periódicos una observación muy digna de ser anotada: la de que con esta obra se demuestra que no es preciso ir á Austria á buscar libretos ni partituras de opereta, pues entre nosotros hay autores y músicos capaces de ha-

cerlos tan bien como los vieneses y sin anunciarlos á son de bombo y platillos.

*La niña mimada* no ha tenido más inconveniente que la declaración de su origen. ¡Ah! ¡si se hubiera anunciado que la música era de autor austriaco y que había tenido tantas y cuantas representaciones en teatros extranjeros más ó menos fantásticos!



Escena final. El brindis.

Fots. R. Cifuentes.



Acto segundo. Pomponetta y las vanasias.



Acto tercero. Cuadro cuarto. La española.

Foto. R. Cifuentes



DE LA PRINCESA

LUIS MEDRANO. CARICATURA POR FRESNO

# LA HISTORIA DE APOLO

«SAN FRANCO DE SENA»

De aquella brillante etapa en la cual la juventud era con nosotros ó con casi todos nosotros, se me han quedado grabadas únicamente en la memoria, y parece que las estoy viendo ú oyendo aún desde el saloncillo con divanes rojos, donde se reunían las coristas con Cilla y conmigo, cuatro ó cinco cosas más ó menos interesantes:

El estreno del *San Franco*.

Los gritos del tenor en lo alto del picacho de *El salto del pasiego*, diciendo bravamente al coro:

—Y ahora de mis brazos,  
¿quién me la arrancará?

La serenata de *Llamada y tropa*, cantada por Berges, verdaderamente calavera y casi verdaderamente gallardo.

El debut de la Nadal con *El primer día feliz*.

Y lo del gusano de *El reloj de Lucerna*.

Pero la más importante de todas, y que perdonen por Dios las demás, fué el estreno de la última partitura del ilustre autor de *Marina*, no sólo por esta circunstancia, sino porque en aquella memorable noche nació en mí la admiración al hombre que dirigió la orquesta, cuyo carácter entero y batallador, que más adelante yo mismo había de poner tantas veces á prueba, se me reveló en un rasgo de altivez soberana y avasalladora.

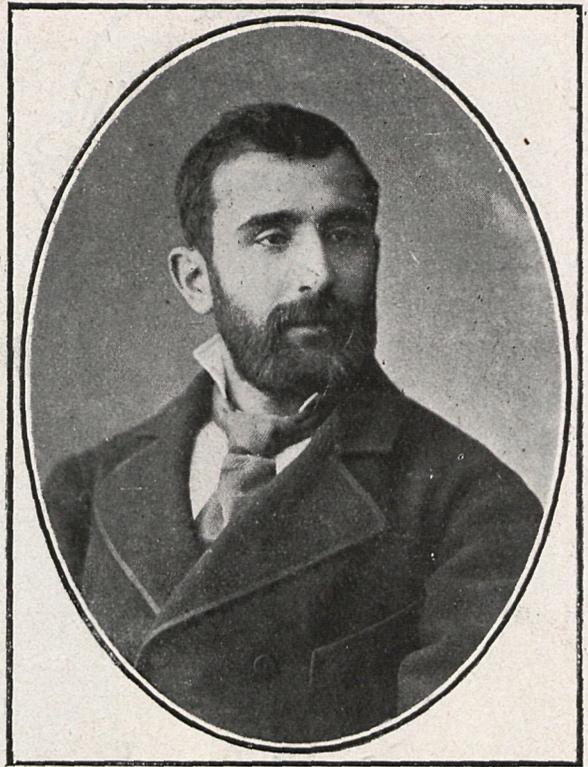
De Chapí estoy hablando, y he aquí el hecho:

Estremera, que era gran devoto de los clásicos y se sabía de memoria muchas obras maestras de nuestros dramaturgos del siglo de oro, escogió el *San Franco de Sena* para que Arrieta le adornara con música, y puso en la refundición los cinco sentidos. D. Emilio, viejo ya y cansado, se dedicó á la labor con el entusiasmo de un muchacho ganoso de alcanzar laureles, y la empresa en masa la reputó por obra magna y de empuje, capaz de afianzar la temporada y de borrar el mal efecto causado en el público por el ruidoso fracaso de *La cruz de fuego*.

Se echó toda la carne en el asador con tan faus-



D. Emilio Arrieta.



D. José Estremera.

to motivo. Un reparto de primer orden, trajes magníficos, decoraciones de efecto... y cuantos ensayos fueron necesarios para que no se escapara una tilde.

En estas condiciones, y con muchas probabilidades en favor del triunfo, se anunció el estreno.

No hay que decir que cuando Chapí salió de la puertecita lateral para dirigirse á su sillón, el teatro de Apolo tenía toda la brillantez y grandes solemnidades.

Pero también estaba imponente.

Como si hubiera ido á buscar, no el placer artístico, sino las emociones de la lucha, piafaba y resoplaba la multitud como los corceles en los campos de batalla, y el estrépito producido por las voces, el bastoneo, las toses y las palmadas á compás enardecía los ánimos.

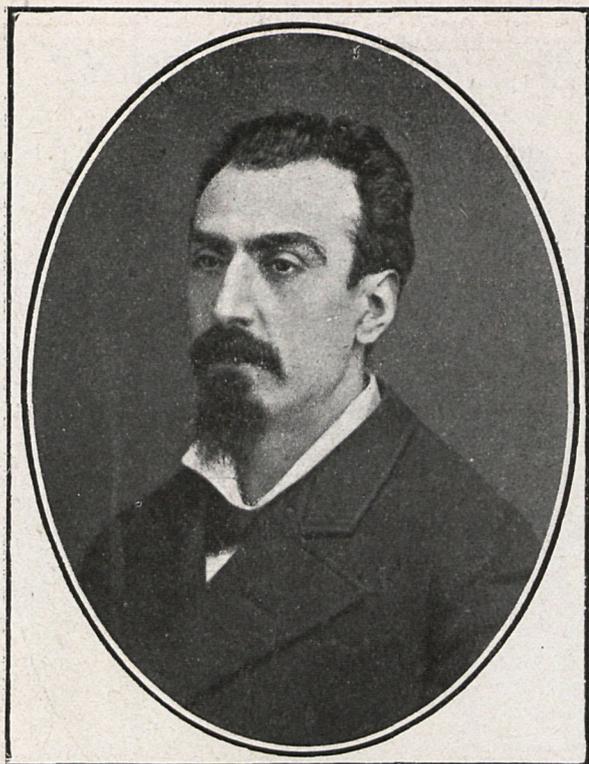
Generalmente, al oír los dos golpecitos de prevención en el atril y ver que se ilumina la batería, cesa todo ruido en la sala. Pero aquella noche no. Aquella noche la gente se había empeñado en seguir soliviantada y no se calló nadie.

—Pues señor, éstos no van á escuchar ni la sinfonía—pensó sin duda D. Ruperto, y en uno de aquellos arranques suyos, que luego había de repetir tantas veces en situaciones parecidas, se irguió rápidamente, repitió los golpes con ademán rabioso y volvióse cara al público con un gesto tal de reto y audacia, que al dar el primer golpe de batuta como quien da un hachazo, en toda la sala se hubiera podido oír volar una mosca.

El débil palo que servía para marcar el compás parecía el látigo destinado á contener á las fieras que se habían propuesto cenarse al domador aquella noche sin falta...

No se le ceraron por milagro de Dios y se salvó la obra. Pero no hizo más que salvarse; no se impuso.

Cierto que cuando el tenor, en plena orgia, ro-



D. Marcos Zapata.

deaba con sus brazos los talles de las dos Aldecoas, guapísimas y rozagantes entonces, y las cantaba melosamente:

Ven aquí                   ven acá  
dulce bien,               tú también...

el auditorio se recreaba en aquella melodía sencilla y tierna en que Arrieta había puesto todos sus amores; verdad que cuando Berges, no teniendo nada que jugar, se jugaba los ojos y se quedaba ciego repentinamente, el horror de la situación sobrecogía los espíritus, y exacto que al terminar el gran dúo, el magnífico dúo en que el propio Berges y D. Miguel Soler ponían un brío y un vigor inusitados, la ovación era espontánea y *caliente*, pero, á pesar de eso, la obra no hizo más que cumplir y, defraudando todas las esperanzas, no pasó al repertorio.

Más suerte tuvo algún tiempo después *El reloj de Lucerna*, que con una partitura de menos campanillas salió boyante del estreno y pudo vivir algo más, gracias al interés dramático y á los versos rotundos y sonoros que Zapata ponía en todas sus producciones teatrales.

De este *Reloj* conservo el recuerdo más vivo que de las demás obras de la temporada por varias razones. Primera, porque el autor del libro, á quien veo algunas veces, está exactamente lo mismo que en aquella fecha, y Dios le permita seguir burlándose del tiempo muchos años, con su bigote y su perilla de capitán de los tercios, su carácter alegre y campechano y sus chistes á *la aragonesa*, que cortan como espadas.

Segunda, porque no se me olvidará fácilmente el coro de pajes del acto segundo. ¡Oh, aquel coro de pajes!, que salía á escena diciendo:

—Aquí está Gastón,           ¡Qué gran proporción!  
Gastón aquí está.           El algo sabrá.

con sus peluquitas rubias y sus mallas de color de acero, que á mí, recién llegado del pueblo como quien dice, me parecían el modelo de las cosas

ricas, por lo mismo que era la primera vez que las veía al alcance de la mano.

Y tercera, porque se me ha quedado en la retina para siempre la figura del autor de *La capilla de Lanuza*, paseando arriba y abajo por el cuartito de la dirección, donde además se vestía Soler, y animando la tertulia con su conversación amena, hasta que se paraba de pronto para saborear una salva de aplausos que venía de allá arriba todas las noches, próximamente á la misma hora.

Cuando el ruido de la ovación cesaba, decía con la tranquilidad del mundo, como si no fuera con él:

—Lo del gusano.

Y proseguía imperturbable el cuento interrumpido.

Lo del gusano era lo siguiente:

En la situación culminante de la obra, el barítono Navarro exclamaba á pleno pulmón:

—¿Qué es el tirano? Gusano  
que de seda se vistió.  
Levanta el pueblo la mano,  
lo desnuda... ¡y se acabó!

Y el pueblo, agradecido al poeta que reconocía su poderío y lo deleznable de la soberbia humana, se deshacía de gusto en palmadas y bravos.

\* \* \*

Lástima da, pero todo aquello pasó para no volver.

Berges, que cruzaba el escenario triunfador, orondo, satisfecho y cuajado de alhajas, es hoy un humilde empleado del Ayuntamiento.

El gesto de Chapí, que me reveló al hombre capaz de luchar por el arte con las muchedumbres emberrenchinadas, se ha perdido en la tumba.

Aquellos apetitosísimos pajes serán á estas horas, los que vivan, unas señoras canosas, arrugadas y llenas de alifafes, de quienes nadie podrá figurarse que han salido á escena jamás con mallas de color de acero y peluquitas rubias...

Y yo no estoy tampoco para muchas bromas!

¡Tiembra uno al pensar que pueden pasar igualmente Manzano, la Soler, Picó, la Mayendía y el dúo de *Bohemios*!

SINESIO DELGADO.

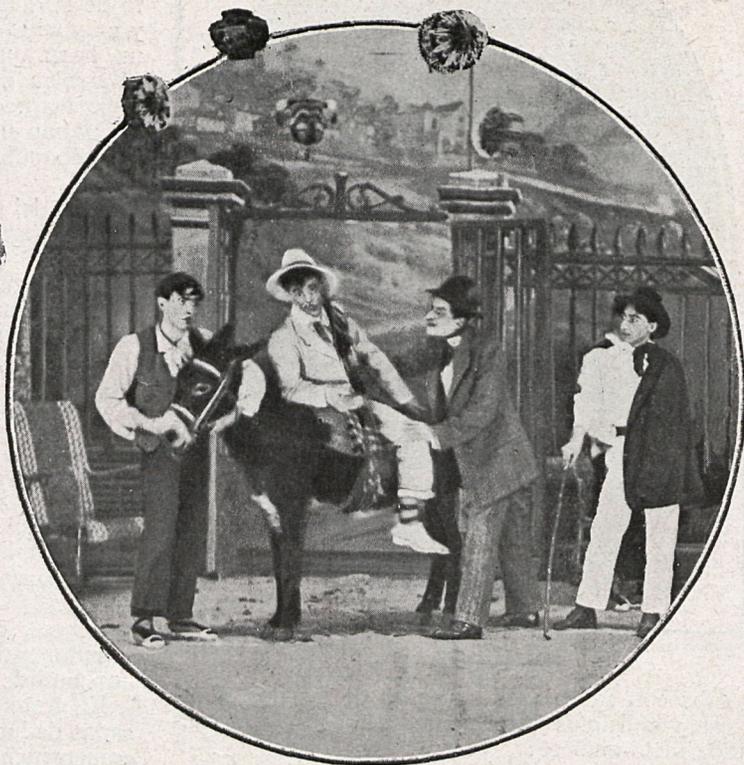


D. Eduardo Berges.

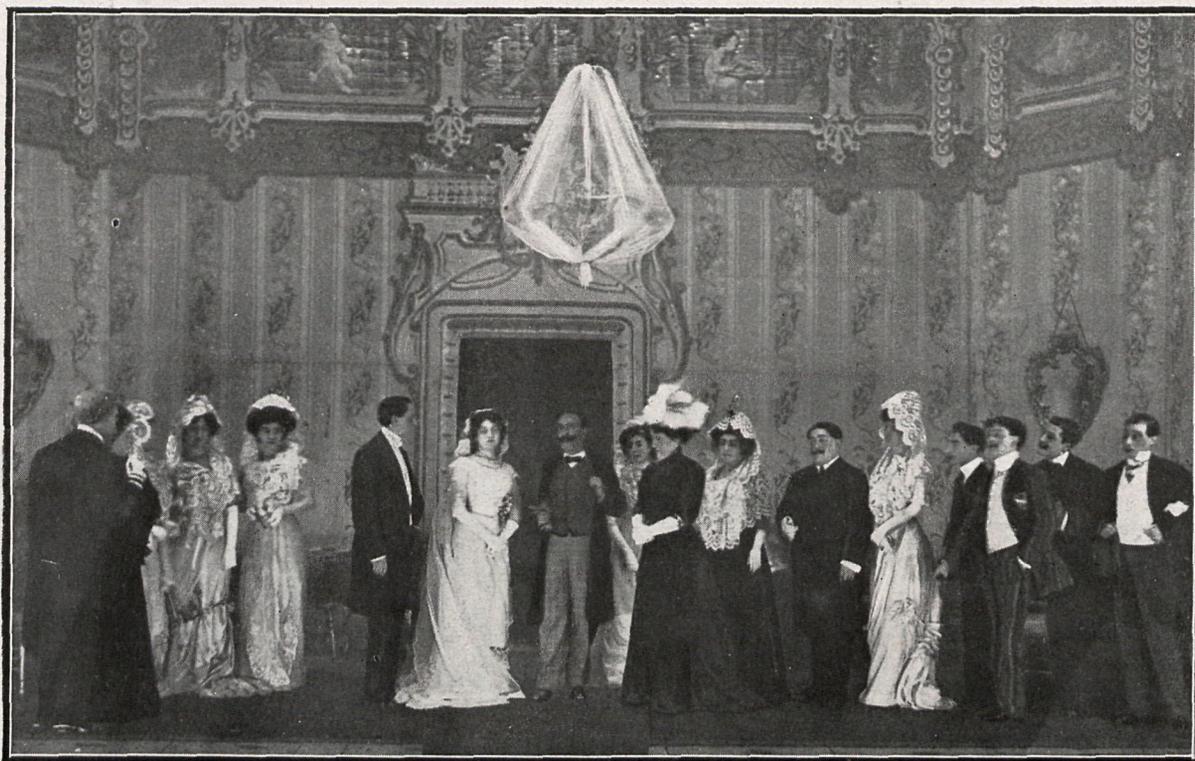
ESTRENO EN LA COMEDIA. "MI PAPÁ"



Srta. Villa en el garrotín. Fot. James.



Un detalle del último cuadro.

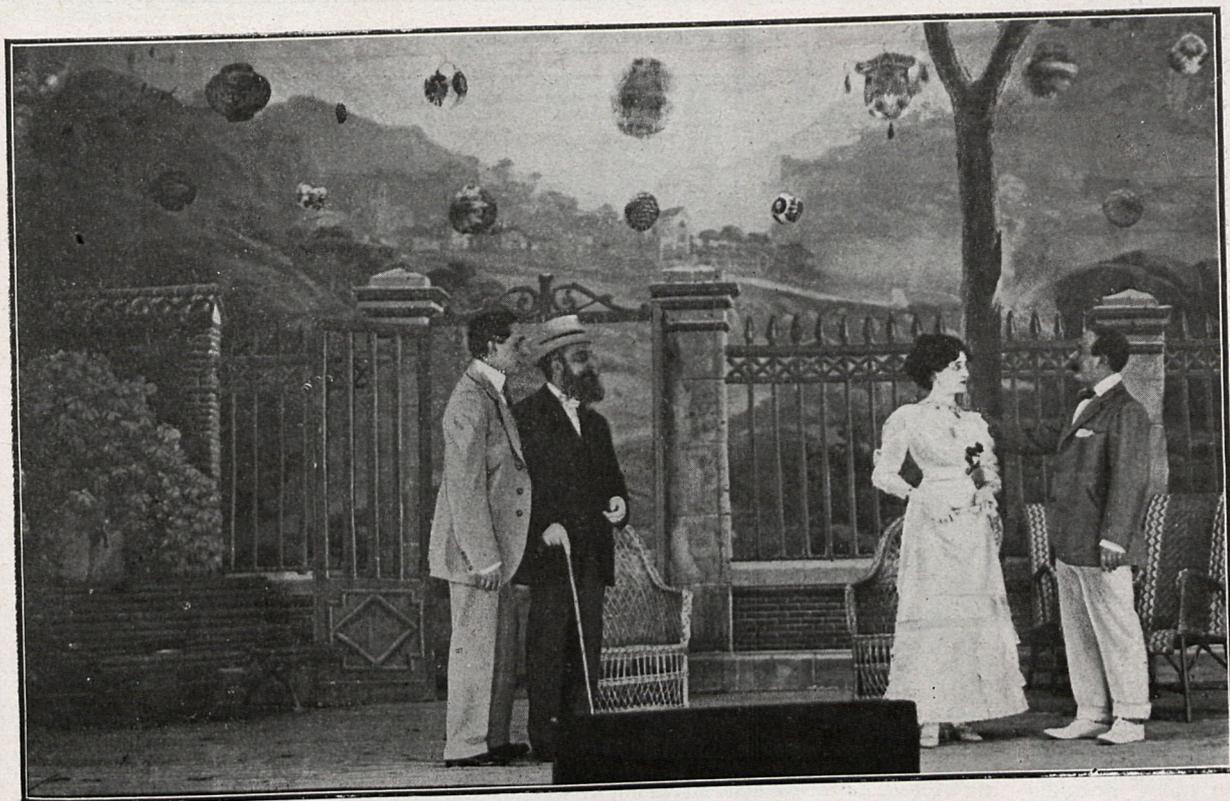


Escena final del primer acto.

Fots. R. Cifuentes.



Escena del garrotín en el último acto.



Escena final de la obra. Sres. González y Rivero, Srta. Pérez de Vargas y Sr. Santiago. Fots. R. Cifuentes.